

SILDA

CORDOLIANI

La vocación

Sin aparente motivo, siempre se detenía al inicio de aquella parte del trabajo que sabía la principal, su misión de vida. Dios lo había escogido entre tantos, aunque tal vez algo tarde, porque todo comenzó poco antes de jubilarse en la universidad y días después de abandonar el consultorio privado a causa del escandaloso aumento del alquiler, cuando diariamente leía los anuncios clasificados en busca de un nuevo local a su alcance. Pero la aparente distracción duraba escasos segundos, justos los necesarios para que las vetustas cavidades no se inundaran de la viscosa solución de saliva, sangre y agua destilada por el tubo que con grandes esfuerzos lograba hacer funcionar.

En lugar de un sitio para alquilar, surgió la inesperada oferta de trabajo que no pudo rehusar. Se la propuso un viejo compañero de secundaria al finalizar la acostumbrada misa dominical, el único que había sido privilegiado en el ansia que entonces tantos compartían. Porque a qué negarlo, todos, de una manera u otra, deseaban en algún momento ser objeto de aquel divino llamado del que tanto hablaban los curas y él, por supuesto, no fue la excepción. Varios años pasó creyendo que era esa su verdadera vocación, hasta que Alicia apareció en su vida, cálida y osada, una suerte de súcubo que más que arrebatarle la inocencia lo llevó a disfrutar los infinitos placeres de la carne, a entender que jamás y por nada iba a estar dispuesto a renunciar a ellos.

Cómo rechazar tan encomiable labor social, precisamente él, que nunca había dejado de sufrir la inutilidad de una existencia sin mayores logros ni satisfacciones, incapaz, incluso, de haber fundado una familia; alguien que constantemente se preguntaba si no había errado, si Alicia no había sido una simple prueba a superar, como la sufrida por Jesús en el desierto. Trataba inútilmente de recordar la razón que lo llevó a escoger esa carrera –de “sublimada plomería”, tal cual comentó su padre al brindar por su graduación– y no otra, pero cuál, si ni siquiera ahora se le podía ocurrir alguna sustituta. Imposible negarse, pero no obstante dudó, dudó antes de las palabras decisivas del amigo: “Dios sabrá agradecértelo”, le dijo Juan sacudiéndose los mocos con una manga del hábito.

A las tres o cuatro semanas sintió haber cometido una nueva equivocación, pues aunque no se creyera un facultativo propiamente exitoso y mucho menos un profesor de prestigio, había ejercido correctamente ambos oficios, y ahora, con un salario tan poco atractivo, más bien simbólico, no estaba haciendo más que darle larga a su indolente destino. Además, de él no haber aceptado, Dios se lo habría agradecido a otro sin mayor problema. La prueba la tuvo al enterarse de que en sus días libres sería suplantado por cualquier pasante bien dispuesto.

Fue por ese entonces cuando ocurrió el crucial suceso. Nadie sospechó nada, y por qué iban a hacerlo, si ni siquiera él mismo cayó en cuenta hasta que volvió a enfrentarse a una intervención similar. No era hombre que acostumbrara atormentarse, pero aquello solo podía ser calificado de imperdonable, tanto así que soltó el llanto ante el viejo confesor que lo escuchó y absolvió con enigmática indiferencia apelando a los designios supremos. Apenas cumplida la penitencia, levantó el rostro hacia el enorme crucifijo sobre el altar y comprendió. Aquel descuido entrañaba la señal esperada desde siempre, y había llegado así, al azar, como suelen ocurrir las grandes revelaciones. Durante toda esa noche reconstruyó paso a paso la pequeña operación bucal, volvió a confirmar la perfecta esterilización de los implementos, los fármacos utilizados, los preparados para la sutura, cada habitual movimiento de sus dedos y las recomendaciones posteriores. Sí, definitivamente: la falla estuvo en el curetaje, de allí la meningitis fatal.

La escogencia de los privilegiados le resultaría fácil, porque si alguna cualidad sacerdotal poseía era la de buen observador, a la que se agregaba una serena personalidad, capaz de inspirar la confianza suficiente para ser depositario de todo tipo de cuentos, quejas y sufrimientos, algo abundante entre sus pacientes. Se trataba solo de poner en práctica tales facultades con especial ahínco, de adiestrarse un poco más en los matices de confidencias, muecas, expresiones fuera de lugar. No habría de bastar la frecuente frase de “¡hasta cuándo esta larga existencia!”, y mucho menos el lloroso “mis hijos nunca me visitan”; tampoco el trillado lamento por el declive de los sentidos o la insoportable soledad. No.

Atendía más bien a esa lágrima furtiva del anciano cuando narra picardías de la lejana juventud, a las manos que semejando débiles tenazas se aferraban a su brazo reclamando la anestesia más potente; también a esos cuyo estricto y acongojado silencio apenas es roto por unos cuantos monosílabos, y, sobre todo, a la tristeza evidente de aquellos convencidos de arrastrar una vida sin sentido.

Ese instante de abstracción era sin embargo el más importante. Se encomendaba a Dios, solicitaba su guía y aceptaba humildemente la gracia de la que por fin era digno. Ah, y también le suplicaba que llegado el momento se cruzara en su camino algún dentista con idéntica vocación.